

EL TEMA DEL DERECHO A LA CIUDAD EN ALGUNOS PENSADORES CONTEMPORÁNEOS

.....
Jaime Ruiz de Santiago

Doctor en Filosofía y en Derecho; Profesor del Departamento de Estudios Generales del ITAM, Ciudad de México; ex funcionario del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR) durante 23 años.

RESUMEN

Tres visiones diferentes del ejercicio al “derecho a la ciudad”. Este se anula cuando la ciudad “líquida” (Bauman) segrega personas que constituyen un creciente número de “descartables”, a quienes se aleja y aparta, construyendo enclaves de personas “ricas” (Secchi), que imposibilitan el ejercicio común del derecho a la ciudad. La solución es crear ciudades humanas y vivibles (Gehl), que favorezcan la comunicación e interacción humanas.

Palabras clave

Tiempos líquidos, Estado, bienestar, seguridad, privatización, mercado, consumismo, desperdicios humanos, refugiados, ciudad, polarización, riqueza, exclusión, urbanismo, dispersión, humanismo, planeación, lugares públicos, interacción.

ABSTRACT

Three different points of view regarding the “the exercise of rights to the city”. This is annulled when a “liquid” society (Bauman) segregates people which constitute a growing number of “disposable” individuals, which are isolated and cornered, creating enclaves of a “rich” class (Secchi), which restrains the common rights that everyone should have to the city. The solution is to create human and livable cities (Gehl), which favor the human interaction and communication.

Keywords

Liquid times, State, welfare, security, privatization, market, consumerism, human waste, refugees, city, polarization, wealth, exclusion, urbanism, dispersion, humanism, planning, public places, interaction.

Se trata de investigar las principales notas que caracterizan el derecho a la ciudad de nuestros días -fundamentalmente en el mundo occidental- y cuáles son las tendencias socio jurídicas que apuntan a la construcción de la misma en el futuro. Para ello he seleccionado algunos autores contemporáneos cuyas posiciones poseen destacada importancia en la temática tratada.

El primero de ellos es Zygmunt Bauman¹, por la relevancia que poseen sus posiciones acerca del ‘mundo líquido’ en el cual vivimos, al igual que por sus análisis referentes a los movimientos migratorios que lo caracterizan. Todo ello condiciona lo que significa “vivir en la ciudad”, realizar en la realidad el “derecho a la Ciudad”. Este mismo pensador ha presentado los aspectos más propios de lo primero, sobre todo en su obra *Tiempos Líquidos*². Con relación a lo segundo me permito sobre todo referirme a mi estudio relativo al tema³. Lo concerniente a las consecuencias que de estas tesis se siguen aparecen en la obra *Confianza y temor en la ciudad. Vivir con extranjeros*⁴, al igual que en aquella que es una de sus últimas obras intitulada *Extraños llamando a la puerta*⁵.

Los “tiempos líquidos” en los que vivimos se caracterizan ante todo por el paso de la modernidad “sólida” a la “líquida”, es decir, de momentos en que se conocían estructuras y formas sociales firmes y aparentemente estables, a otras en las cuales esas características se diluyen y se ‘liquidifican’. Son los tiempos anunciados por el pensador griego en los que “todo cambia” (*panta rei*). El segundo aspecto se refiere a la separación cada vez más radical entre poder y política, que afecta fundamentalmente al Estado-nación que hasta el momento ha prevalecido, pero en el cual esa escisión lo pone cada día en mayor riesgo: el Estado pierde control y capacidad para establecer la dirección y las acciones para realizar los objetivos planteados y éstos se desplazan a actores globales que progresivamente

quitan importancia a las instituciones políticas existentes. El tercer aspecto está significado por la gradual reducción y supresión de los seguros que habían sido construidos por el Estado para garantizar la satisfacción de necesidades individuales, tales como los riesgos de la salud, la educación, la construcción y uso de carreteras, los transportes públicos, servicios tales como la energía eléctrica o el agua, la recolección de basura, etc. Con ello se pierde el sentido de lo que se conoce con el nombre de "comunidad" o de "solidaridad". En cuarto lugar, se acorta el pensamiento y los planes de largo plazo para reducir los proyectos y episodios de la vida a una corta duración, de modo que las realizaciones alcanzadas son objeto de revisión y cambios constantes. Todo lo logrado vale "hasta nuevo aviso", que seguramente no tardará en llegar. En quinto y último lugar tales "tiempos líquidos" significan que las responsabilidades individuales hacen referencia no tanto a normas generales, que con frecuencia son escasas y a menudo contradictorias, sino a la capacidad para "ser flexible" y descubrir caminos imprevistos y "creativos", lo que implica la capacidad para abandonar rápidamente compromisos y lealtades adquiridas para estar abierto a las oportunidades que se presentan en un momento determinado...y que seguramente serán de una corta duración.

Estos cambios tienen como tela de fondo un "paradigma económico" que se ha transformado en las últimas décadas. En efecto, lo propio de los siglos XVIII y XIX, durante los cuales se generó una técnica que encontró pronta aplicación en la producción de bienes de consumo, fue una economía de producción, que logró hacer creer que el único progreso posible es aquel que se refleja en las industrias, en las chimeneas de las fábricas, en los grandes centros industriales, en las ciudades que se crean en torno a tales centros de producción y que hacen vivir en torno suyo a quienes se dedican a tal actividad.

Tal economía 'de producción' fue substituida por una economía 'de consumo', que supo educar a sus miembros en 'el arte de consumir', que les proveyó de bienes que respondían a necesidades 'naturales' y sobre todo artificialmente creadas, que supo crear una cantidad siempre mayor de tales bienes de consumo, caracterizados no sólo por su número siempre creciente sino también por una novedad que no deja de suscitar un apetito voraz por adquirir, usar...y

dejar atrás lo más pronto posible. Paradigma que encuentra su ejemplificación en los grandes centros comerciales, que han substituido a las antiguas catedrales, que moldean existencias entregadas religiosamente a la búsqueda de los nuevos artículos a adquirir y a usar, y que sobre todo hacen anunciar novedades que aparecerán en el futuro. Se logra así el consumidor-tipo, para quien la vida solo obtiene sentido por el consumir: "Para el consumidor cabal y maduro, actuar de esa manera es una compulsión, una obligación. Pero esta 'obligación', esa presión interiorizada, esa imposibilidad de vivir la vida de otra manera, se le revela disfrazada de ejercicio del libre albedrío"⁶.

Con este paradigma económico las ciudades cambian de estructura: las fábricas e industrias tienden a alejarse por su carácter contaminante y los nuevos centros de crecimiento son naturalmente los centros comerciales en torno a los cuales giran las vidas de las personas. La gran tarea, que aparece como gran distracción, es la adquisición de los nuevos productos, en espera nunca satisfecha de las 'últimas novedades'.

Pero esta economía de 'consumo' pronto deja su lugar a un nuevo paradigma: una economía 'de finanzas', en las cuales la riqueza no se obtiene gracias a la producción e intercambio de los bienes producidos, ni de la ganancia económica que produce su consumo, sino de las finanzas que hacen referencia a un universo global que se desarrolla en un espacio virtual y analógico. Los antiguos centros financieros abandonan los lugares que ocupaban en las antiguas ciudades y se trasladan a 'las afueras', a nuevos sitios que se pretenden auto-suficientes y debidamente alejados de 'la vida común y corriente' y desde donde se pretende controlar los fenómenos globales que constituyen al mundo.

Estas transformaciones han sido acompañadas de la transformación de la naturaleza y misión del Estado-nación. Este cambio fundamental, al cual se ha hecho ya una breve referencia, significa que en un primer momento, que substituye a estructuras políticas medievales, aparece justificado por ser una instancia que procura remediar las necesidades de las personas que lo constituyen, sobre todo en momentos en que éstas corren peligro: se trata del *welfare State*, que se entiende por esta capacidad para apoyar a los individuos en la satisfacción para lograr la educación, conservar la salud, proveer los elementos esenciales para mantener la existencia

(agua, alimentos, etc.), construir carreteras y un sistema adecuado de energía eléctrica, proyectar y realizar reclusorios para aquellos que aparecen como un peligro para la existencia e integridad de los ciudadanos, etc. Pero este tipo de Estado se ha ido erosionando, entre otras causas por un sistema capitalista cada vez más voraz al igual que por la aparición de los actores globales que reducen de manera drástica el ser y quehacer del Estado. Este sacrifica su naturaleza de proveedor de remedios contra los peligros que acechan a la existencia y transfiere esta misión a sujetos diferentes, ya sean los mismos sujetos particulares que se encuentran cada vez más reducidos a sus propios recursos y capacidades para remediar tales necesidades, ya sean los agentes globales que han ido tomando en mano la conducción de tareas para cuya realización las personas individuales deben pagar precios cada vez más caros. “La sociedad ya no está protegida por el Estado, o por lo menos difícilmente confía en la protección que éste ofrece; ahora se halla expuesta a la voracidad de fuerzas que el Estado no controla y que ya no espera ni pretender recuperar y subyugar”⁷. En esta nueva situación el Estado es “administrado por los mercados, por los grupos financieros, por fuerzas supranacionales que se sustraen a todo control democrático”⁸.

El Estado se ve obligado a encontrar una nueva justificación a su existencia y la encuentra rápidamente en la tarea de justificar la seguridad de las personas que lo integran. Se crea un Estado /Policía, en el cual se multiplican las normas que tipifican y condenan conductas delictivas y cuyo estricto cumplimiento hace sentirse ‘seguros’ a los miembros que lo constituyen. Como esto pronto no aparece suficiente, el Estado comienza a buscar nuevos peligros para la sociedad, peligros contra los cuales advierte, y que son referidos a través de un lenguaje descriptivo que hace aparecer y resaltar su naturaleza peligrosa y maligna. De este modo el público es advertido de la acechanza que le rodea a causa de elementos cuya peligrosidad desconocía, pero que el Estado devela y presenta con caracteres obscenos.

Es en este escenario que aparece una realidad que ha sido producida por la situación económica dominante en el Estado. Tal realidad se presenta con el capitalismo de producción, pero aumenta vertiginosamente con aquel de consumo y finalmente con el financiero, pues este último se ve reforzado por una tecnología cada vez más poderosa gracias a la cual se requiere un número

cada vez menor de trabajadores, permitiendo que la clase obrera posea cada vez menor protagonismo. Pero desde el principio de la modernidad se ha segregado una cantidad cada vez más importante de personas que son desechadas por el sistema, que no pueden cumplir con las exigencias de la sociedad en la que se encuentran, que aparecen constituyendo la llamada clase pobre que lenta pero inexorablemente se convierte en algo que se localiza por debajo de la misma: se trata de verdaderos ‘desperdicios humanos’, ‘descartables’, ‘excluidos’, que son sentidos ‘de más’ y que en ninguna parte encuentran acomodo.

En un momento de la historia estos ‘excedentes de población’ fueron dirigidos a tierras a las que se consideraban eran de nadie, espacios vacíos y prontos para ser ocupados. También fueron “carne de cañón” para los enfrentamientos bélicos e incluso se ha intentado que sus integrantes se liquiden entre sí. Pero cada vez se constata con mayor claridad que tales excedentes no encuentran vías de escape, pues “se encuentran obstruidos los canales normales de desagüe”.

Ante tales realidades las personas con posibilidades económicas, sobre todo los ricos, procuran alejarse de las mismas y, dejando el centro de las ciudades, procuran retirarse a sitios que les ofrezcan seguridad. Sitios a los que de ninguna manera se puede ingresar sin dificultad, lugares bardeados, protegidos por diversos sistemas de seguridad, que les permiten sentirse ‘a salvo’, alejados de ese peligro que amenaza en las calles y los lugares más insospechados, peligro frente al cual el Estado alerta y no deja de luchar.

Los Estados advierten que es necesario protegerse contra los inmigrantes, contra los pobres, contra los peticionantes de asilo, contra quienes ingresar en otros países para resolver sus problemas económicos, contra los refugiados... “Los refugiados y los inmigrantes, que vienen de ‘tierras remotas’, pero solicitan establecerse en la vecindad, sólo sirven para conjurar el espectro de las ‘fuerzas globales’, temidas e invisibles porque llevan a cabo su tarea sin consultar con aquellos que están destinados a sufrir las consecuencias. Después de todo, los solicitantes de asilo y los ‘inmigrantes económicos’ son réplicas colectivas (¿un álter ego?, ¿compañeros de viaje?, ¿imágenes especulares?, ¿caricaturas?) de la nueva élite dominante del mundo globalizado,

de la que muchos sospechan, y con razón, que es la verdadera villana de la obra”⁹.

Es así como los Estados alientan una *mixofobia* creciente que ve en los otros un peligro inminente y a quienes es preciso encerrar en lugares adecuados (prisiones, centros ‘de recepción’, campos de inmigrantes irregulares, campos de refugiados) o procurar que de ninguna manera lleguen. Así proceden países como Australia, Polonia o Hungría. Y la misma Unión Europea sugirió en los tiempos del primer ministro Blair, y esto ha vuelto a hacer su aparición en momentos muy recientes, que para estos casos -a los que nunca se designa como personas- se pague a países lejanos para que los detengan e imposibilite su llegada a aquellos territorios a donde desean llegar. De este modo la Unión Europea ha ofrecido a países como Turquía que se encargue de detener a quienes buscan ingresar en los dominios europeos. Otros países, como Libia, Túnez, Marruecos y el propio Egipto han declinado el jugoso ofrecimiento económico a cambio de realizar esa tarea.

Aparece entonces la realidad de la ciudad en todo su dramatismo: los ricos se trasladan ‘fuera’, a lugares en los cuales procuran garantizar su seguridad, los grupos ‘superfluos’ procuran ser concentrados y vigilados en lugares específicos e identificables (sitios a los cuales no es raro que ni siquiera la policía tenga acceso), en tanto que se trata de mantener alejados lo más posible a aquellos que aún no han ingresado en el territorio. “A medida que se va estableciendo el multilingüismo y la diversidad cultural en el ambiente urbano propios de la era de la globalización, fenómeno que seguramente se intensificará con el tiempo, en vez de declinar, las tensiones que comporta la humillante/perturbadora/irritante extrañeza de la situación seguirá provocando, con toda probabilidad, impulsos segregacionistas”¹⁰.

El tema de la ciudad se convierte así en un sitio específico en el cual se trata de encontrar una solución local a problemas que son globales. La desproporción es evidente. Los agentes globales que producen los desequilibrios económicos y los movimientos masivos de personas fracturan y vuelven muy difícil una vida ‘humana’ en la ciudad. El alejamiento de los extraños, la propia reclusión en sitios cerrados y que crean una falsa impresión de seguridad, la creación de centros en los cuales los “superfluos”, los “no queridos”, los “descartables” son encerrados

al igual que todos aquellos que inspiran desconfianza y extrañamiento, todo ello tiene efectos que se vuelven precisamente contra quienes los alimentan, quienes, en vez de crear auténticas relaciones humanas de confianza, solidaridad y seguridad, se ven cada vez más envueltos en relaciones egoístas y que conducen a una soledad llena de miedo y aprehensión. “Si se ofrece y se acepta la segregación como si fuera un remedio radical para el peligro que representan los extranjeros, la convivencia con ellos se vuelve más difícil cada día”¹¹. No es raro que los Estados se dejen guiar por intereses egoístas que hacen imposible una vida solidaria en donde se procure un auténtico bien común. Ellos mismos suelen ser juguete de intereses globales y difíciles de regular.

En esta perspectiva resulta cada vez más difícil ver en la ciudad un centro de vida común y que ayuda a superar las propias debilidades, una unidad con límites precisos. Por el contrario, la misma ciudad sufre de este proceso “líquido”, pierde carácter unitario y se vuelve cada vez más porosa y fragmentada. El famoso y dramático 1% de la población, que detenta la mayor parte de la riqueza, huye de lo que considera “un peligro” (y, al alejarse de él, lo vuelve cada vez más extraño y ‘amenazador’), y se crean cada vez un número mayor de “centros” en los cuales se colocan grupos humanos que “se cierran” a causa de su color, de su lengua, de sus costumbres, de su precariedad, de su carácter migratorio “irregular”, por ser peticionantes de asilo o porque son refugiados, porque son pobres o simplemente porque se les considera como “excedentes”. La ciudad se atomiza y fragmenta de manera peligrosa. Con ello la ciudad pierde cada vez más el carácter de ser un sitio en el cual el ser humano puede realizar con los otros su propia perfección, un lugar a donde se acude para sentirse en un ambiente más humano, para gozar de aquello que es propio de la humanidad, que es la participación de los valores más auténticamente humanos.

Los medios a los cuales se está acudiendo para hacer desaparecer el miedo y la inseguridad no son aquellos que se han propuesto como falsos justificantes de la tarea del Estado, sino que éste debería ser el sitio en el cual las personas y la misma sociedad alcancen su propia perfección. “El miedo y la inseguridad se van calmando gracias a la preservación de la diferencia y al hecho de poder moverse uno a sus anchas por la ciudad”¹². Y es que finalmente “el sustituto de la

inseguridad no es el éxtasis de la calma sino la maldición del aburrimiento¹³.

El segundo pensador en el cual interesa detenerse es un urbanista italiano, Bernardo Secchi¹⁴, quien ha dedicado al tema de la ciudad y a sus consecuencias socio jurídicas muy importantes reflexiones¹⁵, sobre todo en el que fue su último libro, *La ciudad de los ricos y la ciudad de los pobres*¹⁶.

Secchi, cuya obra fue publicada en 2013, en vísperas de su repentina muerte, suscitó con ella una serie de reflexiones por haber llamado la atención a las relaciones que existen entre la ciudad y la desigualdad social. Estas últimas, como lo observaba Secchi, no ha hecho sino aumentar, reflejándose naturalmente en la ciudad¹⁷.

Es importante destacar las ideas que Secchi sostiene en *La ciudad de los ricos y la ciudad de los pobres*. Se trata de dos tesis fundamentales:

- a) La primera, el hecho de que, en las culturas occidentales, la ciudad ha representado el sitio o el espacio donde se debe realizar el encuentro entre los seres humanos a fin de llevar a cabo su integración social y cultural. En ese espacio privilegiado siempre se han encontrado ricos y pobres, manteniéndose siempre visiblemente distantes. En ocasiones, por ejemplo, en algunas ciudades de la Europa medieval, la visibilidad de la diferencia se establecía por la altura de las torres donde los ricos tenían su residencia, lo que todavía se puede comprobar, por ejemplo, en la antigua ciudad italiana de Bolonia, lo que llevó en no pocas ocasiones a que se prohibiera que los ricos construyeran torres más altas que aquellas en las cuales las autoridades políticas tenían su asiento.

Pero la época contemporánea presenta una realidad paradójica: el hecho de que, si se ha logrado en general disminuir la pobreza extrema-gracias, entre a otras cosas, por haber sido uno de los objetivos sostenidos por la ONU hace algunos años-, se ha producido una creciente divergencia entre riqueza y pobreza: éstas se polarizan de manera cada vez más extrema. Las obras de autores como Joseph Stiglitz, Branko Milanovic o de Thomas Piketty, y en nuestro medio Miguel del Castillo y Carlos McCadden, lo han mostrado a la saciedad. Ello permite ver la falsedad del argumento dado por algunos defensores del capitalismo según el cual “la riqueza de unos pocos beneficia a muchos”¹⁸. El reciente informe de OXFAM, *Una economía*

para el 99%, señala, por ejemplo, que en enero de 2017 son sólo 8 personas quienes poseen la misma riqueza que 3.6 millones de seres humanos, la mitad pobre de la humanidad¹⁹, y que el 82% de la riqueza mundial generada el año pasado fue a parar a manos del 1% más rico de la población mundial²⁰.

Todo ello hace ver, y es ésta la primera tesis de nuestro autor, que si en Europa y en Estados Unidos, áreas que han conocido un desarrollo intenso en los últimos siglos, se había buscado construir a partir de finales del siglo XIX, mecanismos de redistribución de la riqueza, “las regiones urbanas en esta parte del planeta aparecen hoy como el lugar donde las diferencias entre ricos y pobres se vuelven dramáticamente más visibles. En el gran teatro metropolitano las injusticias sociales se manifiestan cada vez más en forma de injusticias espaciales”²¹.

Pero las diferencias entre ricos y pobres no sólo generan diferencias espaciales cada vez mayores, aunque cada una de las ciudades realiza esto de acuerdo a sus propias características, pues junto a esta realidad existe también el hecho de las consecuencias del cambio climático al igual que los problemas que están relacionados con una concepción de la movilidad humana como parte fundamental de los derechos básicos de las personas. A este último respecto es importante tener presente que, si en 1990 el número total de migrantes internacionales era de 155 millones de personas, en el año 2000 se alcanzó la cifra de 177 millones y a finales del año 2017 el número era de unos 258 millones de personas.

Estas cifras deben verse en relación con los movimientos forzados de personas (que incluyen a los migrantes económicos, a los peticionantes de asilo, a los refugiados, a quienes son víctimas de la trata de personas, etc.), que en el año 2013 sumaban 51.2 millones, en 2014 eran 59.5 millones, y 68.5 millones de personas a fines de 2017²². Esto último ha originado los enormes desafíos que estos movimientos representan para los países, en especial para los Estados Unidos y para aquellos que forman parte de la Unión Europea (en concreto Alemania, Italia, España, Polonia y Hungría, para sólo mencionar los más característicos). Debido a ello el Secretario General de la ONU, Antonio Guterres, afirmaba que “estas enormes cifras ocultan historias personales de sufrimiento, separaciones y pérdidas; de viajes en los que la gente se juega la vida en busca de seguridad; de luchas colosales para reconstruir

vidas en circunstancias difíciles. Es desgarrador ver que se cierran fronteras, que las personas perecen en tránsito, y que tanto refugiados como migrantes son rechazados, en contravención de los derechos humanos y del derecho internacional. El costo humano es inmenso: millones de empleos perdidos, millones de niños expulsados de las escuelas, vidas atormentadas por el trauma y la intolerancia²³.

Todos estos elementos hacen ver, tal es la primera de las tesis de Secchi, la complejidad de lo que se conoce con el nombre de la “nueva cuestión urbana: cierto que en el pasado, sobre todo en los dos últimos siglos, cada uno de los cambios en el crecimiento económico y social habían explicado lo espinoso que era la solución de la cuestión, pero la complejidad en la que vivimos y se ha señalado, hace destacar la dificultad que presenta la solución de la “nueva cuestión urbana”.

- b) La segunda tesis subraya el hecho de que, si es cierto que la cuestión urbana vuelve al primer plano al transformarse la estructura de la economía y de la sociedad, el día de hoy tal cuestión adquiere importancia especial.

La economía se transformó con ocasión de la revolución industrial, cuando se pasó de la manufactura al sistema de fábrica; de nuevo, al organizarse el trabajo ‘fordistataylorista’, hizo su aparición una sociedad de masas; al hacer su aparición la ‘sociedad líquida’ (Bauman), la ‘sociedad de riesgo’ (Beck) o ‘la era del acceso’ (Rifkin), también cambió la estructura espacial de la ciudad, en su manera de funcionar, en la relación entre ricos y pobres y en su imagen. Pero “hoy la nueva cuestión urbana emerge en años de profunda crisis de las economías y las sociedades occidentales, años en que la creciente individualización y desestructuración de la sociedad y un mayor conocimiento de la escasez de recursos ambientales, unida a demandas crecientes en lo relacionado con la seguridad, la salud y la educación, el progreso tecnológico y el cambio de las reglas de interacción social, construyen imágenes, escenarios, políticas y proyectos que son en parte contradictorios entre sí²⁴.

Como se ha visto, en todas las sociedades se han dado estrategias de exclusión de ciertos grupos sociales, en especial de las clases menos favorecidas desde el punto de vista económico, lo que siempre conduce al rompimiento de la solidaridad, al distanciamiento de actividades,

edificios y de espacios públicos. Esto adquiere rasgos dramáticos en nuestra época. Objetos y espacios van teniendo una función simbólica: altura de los edificios, localización de los mismos, construcción de bardas, etc., todo ello refleja las estructuras económicas y sociales. Y aunque las tradiciones de los países y sus respectivas posiciones han dado lugar a la construcción de muy diferentes estructuras urbanas, “quizá, bajo el impulso de la globalización y de los imponentes movimientos de población entre varios continentes que caracterizan el último siglo y medio, tenderán cada vez más a asemejarse y a unificarse, como han tendido a parecerse las políticas redistributivas del *welfare* desde su comienzo, al final del siglo XIX, hasta los últimos decenios del veinte²⁵. Y, aunque la ciudad europea aparece hasta ahora como diferente de las de otros continentes, son muchos los indicadores que apuntan a que “las tradiciones más recientes pueden arrollar a las más antiguas²⁶, creándose de este modo diversos problemas para el futuro de la ciudad al igual que para las políticas que procurarán crearlo.

Secchi observa que fue en Inglaterra, a finales del siglo XVIII, que comenzaron a modificarse los patrones relativos al hábitat y a la ciudad. Por diversos factores se privilegió el mundo de la casa y de la familia, alejándose el sitio de los negocios y del trabajo. Hacia mitad del siglo XIX la burguesía y la mayor parte de la clase media desarrollaron los valores de la privacidad, de la comodidad y del decoro. Se tuvo mayor cuidado con la limpieza y el cuidado del cuerpo y la burguesía se definió como clase. Un siglo más tarde, en la medida en que el grupo económicamente privilegiado se hizo relativamente pequeño y los pobres aumentaron, se establecieron más claras políticas de identificación y reconocimiento, acompañadas de otras de separación y exclusión. Los barrios ricos de las ciudades europeas se separaron y distinguieron de aquellos pobres y menesterosos.

A finales del siglo XX apareció el llamado urbanismo del movimiento moderno, que se centró en los valores de seguridad y de calidad ambiental, lo que condujo tanto en Canadá, en Estados Unidos al igual que en América Latina, a la construcción de *condominios fechados*²⁷ o *gated communities*, integrados por varios cientos o miles de personas, por lo general “de elevado económico y/o cultural, y/o social; de rentas elevadas, y/o de elevado nivel de educación y

profesionalidad, y/o de una red de relaciones sociales con los más altos grados del poder"²⁸. A su respecto el juicio de Bernardo Secchi, que coincide con aquel de Bauman, es tajante y claro: "la *gated community* es la negación de la ciudad"²⁹. El construir comunidades cerradas, alejadas, a las que pocos tienen acceso y que se llenan de sistemas de seguridad, revelan un hosco alejamiento "de los otros", un rechazo de "los demás", que son vistos con desconfianza y desdén. "Los otros" son aquellos a evitar, sobre todo si son pobres y representan a "los descartables", a "los superfluos" y que son fuente, eso es lo que los ricos piensan, de todos los males que aquejan a la sociedad.

De este modo se distinguen y fragmentan los distintos territorios en la ciudad. A esto se añade que, desde los años 70 del siglo XX, aumentan los flujos migratorios y los distintos grupos, unos ricos y la mayor parte pobres, se van separando según sus tradiciones y con ello incrementan el rompimiento de la unidad y de la solidaridad³⁰. La ciudad se vuelve difusa, se atomiza, y no es raro que el centro de la misma se deje a grupos migratorios que se convierten en estigmas en áreas concretas de la ciudad. Se rompe la unidad y aumenta la dispersión, que se fija en el centro o en los suburbios de la ciudad. "El suburbio se ha convertido en una institución dominada por la idea de la distinción: de la riqueza, la raza y la etnia "³¹. Las formas y los límites de las ciudades se disuelven y aparecen múltiples enclaves o grupos que difícilmente llegan a realizar la unidad. Con frecuencia los que fueron sitios de trabajo densamente poblados son abandonados y ahí comienzan a concentrarse el desempleo y la pobreza. Ello explica que, sobre todo a partir de la segunda mitad del siglo XX, se vuelva obsesiva la preocupación de encontrar respuesta al "problema de la vivienda", sin tomar en consideración los intereses colectivos y los espacios públicos. No existe la preocupación de reflejar en los espacios los valores de una sociedad más democrática, de una política que busque la integración de los diferentes grupos sociales, para lograr la unidad de las diferentes culturas y prácticas del espacio.

Como en los Estados Unidos las desigualdades sociales son las más acentuadas³², las características mencionadas se vuelven más claras en tanto que el urbanismo europeo ha hecho esfuerzos por reducir las desigualdades sociales gracias a la prestación de servicios

básicos para todos sin distinción. Uno puede añadir que, en el caso de México, éste se aleja cada vez más de los patrones europeos y, por desgracia, el urbanismo establece las diferencias de clases cada vez con mayor claridad. "En un período de intensos movimientos de población a escala planetaria, el mundo y la ciudad se muestran ahora habitados por sujetos irreductiblemente diferentes y las desigualdades han demostrado ser también el resultado de los persistentes conflictos entre distintos"³³.

Bernardo Secchi afirma, y es la tesis central de su obra, que si la historia de la ciudad muestra que ésta ha sido una máquina de exclusión social también lo puede y lo debe ser de integración y unidad. Ciertamente que la tarea de planificar y diseñar la ciudad se ha vuelto inmensamente difícil, pero sin embargo es esencial recuperar la participación de los individuos, articular el imaginario urbano e intensificar los valores democráticos, a fin de superar la desconfianza y el conflicto existente. Resulta fundamental cambiar los comportamientos individuales y colectivos en la sociedad, la economía y las instituciones occidentales a fin de lograr que el urbanismo ayude a crear una ciudad profundamente humana, en la que reinen no los valores de la ganancia individual y el egoísmo sino aquellos de la solidaridad y atención a lo colectivo, que los rasgos y valores individuales sean respetados y protegidos en la construcción de valores auténticamente comunes.

De este modo los primeros años del siglo XXI en que vivimos permiten aparecer de manera clara la importancia de la cuestión urbana, que posee un carácter multidimensional. Asistimos "a una extraordinaria redistribución espacial de la producción y la creación de riqueza, que es acompañada por una igualmente extraordinaria redistribución de la población entre las diferentes partes del planeta, entre los diversos estados y dentro de los propios países "³⁴. Y, si es cierto que en los últimos decenios del siglo XX la ciudad se ha convertido en una poderosa máquina de suspensión de derechos de los individuos y de la colectividad, esto no se ha hecho sin "una ideología y una retórica: la ideología del mercado y la retórica de la seguridad "³⁵.

Son puntos fundamentales los que hay que cambiar, pues, dice nuestro autor, es necesario alcanzar formas nuevas de empleo pleno y de estructurar una relación diferente entre el trabajo y la sociedad, es fundamental establecer sistemas

adecuados de transporte colectivo y construir espacios verdaderamente colectivos, en los cuales los seres humanos se puedan encontrar y gozar de su humanidad. Ello no requiere de obras grandes y espectaculares, sino que se deben adoptar políticas que intervengan para garantizar en la ciudad permeabilidad y accesibilidad a la naturaleza y a las personas: a todos, sin distinción. “Será necesario desarrollar más la democracia, reduciendo las desigualdades en el espacio”³⁶.

Es este modo que Bernardo Secchi sostiene la tesis fundamental de su obra, la que es declarada desde el principio de la misma: “El urbanismo tiene importantes y precisas responsabilidades en el empeoramiento de la desigualdad y el proyecto de la ciudad debe ser uno de los puntos de partida de cualquier política dirigida a su eliminación u oposición”³⁷.

Llegamos así al tercer pensador en el que interesa detenernos. Se trata de Jan Gehl³⁸, danés, de muy reconocido prestigio y que ha inspirado - e inspira - una novedosa concepción de la ciudad, que rompe con numerosos esquemas del pasado y que ha sido acogida en ciudades tales como Copenhague - su ciudad natal, - Londres, Nueva York, Bogotá, Moscú, San Francisco, Shanghai, Melbourne y diversas ciudades de Australia (Perth, Adelaide, Sydney, Auckland, Wellington, Christchurch, Launcertin, Hobart...) y que el día de hoy anima la remodelación que conoce la ciudad de Madrid³⁹.

Tras haber visto a la ciudad como un sitio donde se refleja la desigualdad económica y social, tanto desde el punto de vista sociológico (Bauman) como urbanístico (Secchi), con Gehl se pasa a un planteamiento práctico, que trata de realizarse en la planeación urbanística de numerosas ciudades y que trata de superar una visión funcionalista, en la cual se ha privilegiado las diversas tareas o funciones de la ciudad, que ha llevado a dar inmensos espacios a los edificios y a los automóviles, para tratar de devolver a ella su dimensión humana. Es la persona humana que se afirma en espacios democráticos, en espacios públicos que sirven para la interacción humana, y que reafirma “el derecho a la ciudad”. En esta visión lo que hace “buena” a una ciudad es la gente y no los edificios ni mucho menos los automóviles. Por ello lo que pretende el planteamiento urbanístico de Gehl es hacer visible a la gente, interactuando en espacios públicos y usando de la ciudad como un sitio de encuentro y de realización humana⁴⁰.

Jan Gehl afirma con fuerza que la ciudad en el pasado había sido planeada para que en ella el ser humano pudiese vivir y desarrollarse humanamente, privilegiando los espacios públicos como mercados, plazas, jardines, lugares de encuentro y de realización de actividades sociales (representaciones, juegos, manifestaciones, etc.). Se afirmaba la primacía de la vida sobre la función. Esto tuvo un paréntesis cuando, con el modernismo urbanístico de los años 60s, se privilegió la función de los edificios públicos, su forma espacial, y se olvidó a las personas concretas, diciendo adiós a la escala humana y haciendo crecer la presencia y el desarrollo de los automóviles. Gehl observa atinadamente que “el modernismo [urbanístico] ha tenido una duración de unos 60 o 70 años, precisamente el período durante el cual la dimensión humana ha sido seriamente olvidada”⁴¹.

Además, se debe observar que “en todos los casos los esfuerzos por aliviar la presión del tráfico automovilístico construyendo un número mayor de carreteras y de sitios de estacionamiento han generado más tráfico y una mayor congestión de autos”⁴². En este contexto no es de extrañar la reciente decisión de diversos cantones suizos de impedir la construcción de nuevas carreteras porque las mismas quitan belleza al paisaje y olvidan la dimensión humana.

Ciudades que Gehl cita como ejemplos de buen desarrollo humano y de un “buen vivir” son Venecia o Siena, en donde el humano se encuentra a gusto, que son bellas y funcionales por tener una dimensión verdaderamente humana, donde las diferentes tareas del ser humano -casa, diversión, trabajo, encuentro con los otros- hallan feliz realización. Por el contrario, ejemplo de un urbanismo funcional, donde “se ha dicho adiós a la preocupación por la gente”, que ha sido sacrificada a la función arquitectónica, es la ciudad de Brasilia. Es precisamente al *Síndrome Brasilia* al que el autor dedica toda una sección de su obra *Cities for People* a fin de mostrar las características y consecuencias de este tipo de planeación urbanística que genera ciudades “claras” por la distribución de sus edificios, planeadas “desde arriba”, que poseen formas y estructuras visibles (Brasilia, se dice repetidamente, posee la forma de un avión o de una paloma, en cuyo cuerpo central se encuentran los edificios gubernamentales, en tanto que las casas se localizan en ‘super cuadras’ a lo largo de las alas de la misma), que despierta interés

en el visitante pero que desagrada enormemente a quien ahí vive. En ella no se tuvo presente la dimensión humana.

Gehl afirma que precisamente “la dimensión humana en las ciudades ha sido normalmente olvidada durante años, y con frecuencia con la consecuencia directa de dar prioridad al tráfico de automóviles. De manera gradual casi todas las ciudades han establecido departamentos o direcciones de tráfico, que calculan la cantidad de tráfico y establecen las condiciones de los estacionamientos año tras año. Recogen información y establecen tendencias, realizan modelos de tráfico y del impacto de estos análisis, y en este proceso los automóviles son cada vez más visibles y omnipresentes en la planeación urbana”⁴³.

El esfuerzo realizado por Gehl consiste precisamente en hacer efectivo “el derecho a la ciudad”, que haga realidad ciudades vivibles, seguras, sustentables y saludables. Para ello se debe tener presente, como lo señaló recientemente Gehl en el Colegio de Arquitectos de Madrid, que “cada vez que pones un ladrillo en cualquier parte, manipulas la calidad de vida de las personas (...). Si sólo haces forma, es escultura. Pero se convierte en arquitectura si la interacción entre la forma y la vida es exitosa”⁴⁴. Y es que, si “nosotros primeramente damos forma a las ciudades, son ellas las que posteriormente nos dan forma a nosotros”⁴⁵.

En su obra citada *Cities for People*, Gehl establece con detenimiento las relaciones que existen entre los sentidos humanos y las proporciones arquitectónicas, pues estas relaciones son determinantes para la comunicación humana y la interacción. Pero es el capítulo dedicado a *La ciudad vivible, segura, sustentable y saludable* el que determina con mayor precisión el cómo ‘la ciudad para la gente’ asegura estos elementos. Ahí asienta que estos cuatro objetivos “pueden ser reforzados de manera inconmensurable al aumentar la preocupación por los peatones, por los ciclistas y por la vida de la ciudad en general”⁴⁶. Una ciudad es vivible, señala, cuando las personas son invitadas a caminar, a usar la bicicleta y a permanecer en los espacios públicos. A su vez, los adecuados espacios públicos requieren un buen sistema de transporte colectivo: se trata de dos caras de la misma moneda.

Y si son las personas y no los automóviles quienes son invitadas a la ciudad, el movimiento

de los peatones y la vida de la ciudad aumentarán en las mismas proporciones. Y del mismo modo que se debe lograr que las ciudades inviten a una vida ciudadana, “existen muchos ejemplos de cómo la renovación de un pequeño espacio e incluso el cambio de un mueble o de algunos detalles pueden invitar a las personas a un cambio total de actitudes”⁴⁷.

De este modo el urbanismo debe ser un esfuerzo por crear espacios y sitios auténticamente humanos, que realicen el ideal democrático invitando a la presencia y a la participación, donde la comunicación y el convivir se hagan realidad, donde la solidaridad sea el ambiente de vida y desarrollo.

Son numerosas en nuestros días las ciudades que van conformándose a las ideas propuestas por Jan Gehl, que permiten una experiencia totalizadora u holística por hacer participar al conjunto de las facultades humanas y por tomar en cuenta las exigencias del vivir humano en sociedad, que comprende igualmente elementos ambientales y de inclusión social. Este tipo de ciudades hacen ver su bondad o calidad porque en ellas el ser humano se detiene y se siente a gusto, porque en ellas lo experimentado en el sentido totalizador del término, agrada. Tomás de Aquino definía la belleza precisamente como “aquello que agrada a la vista” y Jan Gehl afirma que una buena ciudad proporciona el mismo efecto que una buena fiesta, es decir, que en ella nos gusta permanecer y en ella nos complacemos: de ella no queremos irnos.

Se pueden terminar estas reflexiones preguntándose cuáles de los cánones presentados por estos diversos autores son los que guiarán la construcción de mega ciudades como la de Jing-Jun-Ji, en China, que se realiza para albergar 130 millones de personas, o el diseño de espacios más reducidos pero que resulten más humanos y acogedores. Pueden ser sitios que evidencien y refuercen la desigualdad, sitios que inviten a la exclusión o a la inclusión, a la comunidad o a la dispersión, lugares espectaculares por sus dimensiones desproporcionadas o por sus proporciones humanas, esfuerzos de diseño para realizar espacios fríos y poco acogedores o espacios que inviten a permanecer en ellos y disfrutar de su calidez humana. La cuestión queda siempre abierta de determinar en cuál de estas posibilidades se realiza más plena y verdaderamente el Derecho a la Ciudad.

NOTES

1. Zygmunt Bauman (1925-2017) nació en Poznan, Polonia, en el seno de una familia judía. Estudió y fue profesor de Sociología en la Universidad de Varsovia. Formó parte del ejército polaco durante algunos años y llegó a recibir la Cruz Militar al Valor. Debido a sus ideas simpatizantes del marxismo se le quitó la nacionalidad polaca en 1968 y se fue a Israel, donde enseñó durante tres años. De 1971 en adelante trabajó en el Departamento de Sociología de la Universidad de Leeds, donde produjo una cantidad enorme de libros. Es mundialmente conocido por sus finos análisis relativos a la globalización, la naturaleza y consecuencias de la modernidad “líquida” (que se expresa en realidades tan “líquidas” como el tiempo, la vida, el arte, la vigilancia, la educación, etc.). Sus últimas reflexiones filosófico-sociales tratan del discurso acerca del otro que surge a causa de las migraciones, cada vez más presentes en nuestro mundo, y en las cuales denunció el discurso anti humano que con frecuencia se presenta a su respecto.
2. Zygmunt Bauman, *Tiempos líquidos*, 2007, Barcelona, Tusquets. Véanse en especial, pp. 7 a 11.
3. Jaime Ruiz de Santiago, *Sentido e importancia de las migraciones en un mundo líquido*, en *Revista Estudios*, ITAM, México, n. 125.
4. 2006, Barcelona, Arcadia.
5. 2016, Barcelona, Paidós
6. Zygmunt Bauman, *La globalización. Consecuencias humanas*, 2010, Buenos Aires, Fondo de. Cultura Económica, pp. 89-90.
7. Zygmunt Bauman, *Tiempos líquidos*, op. cit., p. 40.
8. Zygmunt Bauman y Carlo Bordoni, *Estado de crisis*, 2016, Barcelona, Paidós, p. 28.
9. Zygmunt Bauman, *Tiempos líquidos*, op. cit., p. 71.
10. Zygmunt Bauman, *Confianza y temor en la ciudad. Vivir con extranjeros*, op. cit., pp. 32-33.
11. Ídem, p. 38.
12. Ídem, p. 57.
13. Ídem, p. 54.
14. Bernardo Secchi (1934-2014) es uno de los urbanistas más influyentes de las últimas cinco décadas. Fue profesor de Urbanismo en el Instituto Universitario de Arquitectura de Venecia y decano de la Facultad de Arquitectura de Milán. Enseñó en diversas universidades (Ginebra, Lovaina, Zurich y París) y recibió numerosas distinciones. Participó en la elaboración de múltiples planes y proyectos urbanísticos en Italia (Milán, Trento, etc.) y en toda Europa.
15. Sobre todo, *Análisis de las estructuras territoriales* (Barcelona, Gustavo Gili, 1968), *El despilfarro inmobiliario* (Barcelona, Gustavo Gili, 1977), *Il racconto urbanístico* (Turín, Einaudi, 1984), *Prima lezione di urbanística* (Roma-Bari, Laterza, 2000), y *La città del ventesimo secolo* (Roma-Bar, Laterza, 2013).
16. Madrid, Catarata, 2015.
17. Tales reflexiones reunieron a cuatro autores, dos de ellos más cercanos a la arquitectura desde su formación de origen (Paolo Ceccarelli y Cristina Bianchetti), en tanto que los otros dos (Ada Becchi y Francesco Indovina) proceden más bien del terreno de la economía, de la docencia e investigación. El resultado se ha publicado con el título de *La ciudad del siglo XXI. Conversando con Bernardo Secchi* (Madrid, Catarata, 2015). Todos ellos profundizan en los temas, los conflictos y las materias que la “nueva cuestión urbana” requiere de las políticas y proyectos de la ciudad.
18. Es nuevamente Zygmunt Bauman quien en obras tales como *¿La riqueza de unos pocos nos beneficia a todos?*, Barcelona, Paidós, 2014, permite ver la falsedad de tal posición.
19. El tercero de tal lista es el mexicano Carlos Slim, quien controla aproximadamente el 70% del total de los servicios de telefonía móvil y el 65% de las líneas fijas de México.
20. Véase el informe en www.ofam.org
21. Bernardo Secchi, *La ciudad de los ricos y la ciudad de los pobres*, op. cit., p. 21.
22. Todas estas cifras son las proporcionadas por las Naciones Unidas. Para su mayor comprensión se puede ver Jaime Ruiz de Santiago, *Movimientos migratorios y movimientos forzados de personas en el mundo contemporáneo*, México, ITAM, 2019.
23. Las cifras aparecen en Jaime Ruiz de Santiago, op. cit., pp. 14-16.

24. Bernardo Secchi, *op. cit.*, p. 24.
25. Idem., p. 42.
26. Idem., p. 43.
27. Trad: *Condominios cerrados*. Se entiende por ellos las urbanizaciones rodeadas de fuertes sistemas de seguridad, que impiden entrar a los extraños, que procuran brindar los servicios propios de la ciudad y que están hechos para dar a sus moradores la impresión de armonía y paz.
28. Idem., p. 49.
29. Idem., p. 50.
30. Paolo Ceccarelli, al comentar la obra de Secchi habla de una 'máquina de la segregación' que se manifiesta en el mundo de diversas maneras: "Campos de refugiados, campos de evacuados, campos de emigrantes, campos de extranjeros, zonas para personas en espera, zonas de tránsito, centros de retención o de detención administrativa, centros de identificación y de expulsión, puntos de paso fronterizo, centros de acogida de solicitudes de asilo, centros de acogida temporal, barrios de refugiados, barrios de inserción de emigrantes, 'guetos', 'junglas', hogares, casas de emigrantes(...): la lista de estas definiciones, ya habituales, se alarga cada vez más" (Michel Ángel, cit. por Paolo Ceccarelli en *La ciudad del siglo XXI*", *op. cit.*)
31. Idem., p. 59.
32. Es interesante recordar que, de acuerdo con el *World Prison Brief*, producido por el *Institute for Criminal Policy Research*, de la Universidad de Londres, son los Estados Unidos, cuyo sistema carcelario se ha privatizado durante los últimos años, quienes poseen la población carcelaria más gran del mundo: 2.2 millones de personas, de un total mundial de 11 millones.
33. Idem., p. 69.
34. Idem., p. 85.
35. Idem., p. 86.
36. Idem., p. 90.
37. Idem., p. 15.
38. Jan Gehl (1936-) nació en Copenhague, Dinamarca, urbanista que estudió en su ciudad natal, recibiendo su Maestría en la *Royal Danish Academy of Fine Arts* En 1960. Gehl ha sido profesor en múltiples universidades y de ellas ha sido distinguido por ellas con el grado de Doctor *Honoris Causa*. Sus concepciones se inspiran sobre todo en la obra de Jane Jacobs y revelan una profunda preocupación por mejorar los espacios públicos a fin de hacer de la ciudad una obra profundamente humana, en la cual la persona humana se sienta satisfecha de vivir y experimente el gozo de perfeccionarse en ese ambiente. Gehl es autor de "*Life between Buildings: Using Public Space*" (1987), "*New City Spaces*" (2000), "*Public Spaces, Public Life*" (2004), "*New City Life*" (2006), y su obra más conocida, "*Cities for People*" (2010). Después de ella ha publicado "*How to Study Public Life*" (2013). Sus ideas permitieron las mejoras de la ciudad de Copenhague hace más de 40 años.
39. Es interesante observar que, si en el centro de esta ciudad se trata de crear espacios más humanos y participativos, los planes para el "Madrid Norte" responden a los deseos de resolver el "problema de la vivienda" atendiendo a la pura funcionalidad y sin atender los reales problemas colectivos de humanización y convivencia. Todo ello es objeto de una dura polémica social.
40. El antecedente más importante de este movimiento urbanístico se encuentra en la obra de Jane Jacobs *The Death and Life of Great American Cities*, 1961.
41. Gehl, J., *Cities for People*. Island Press: 2010, Washington. Kindle file.
42. Idem.
43. Idem.
44. Gehl, J. [COAM] (29.06.17) Pensar en urbano: ciudades para la gente [Archivo de vídeo]. Recuperado de <https://www.coam.org/es/canal-coam/videos/jornadas-y-actos-2016/pensar-urbano-ciudades-gente-jan-gehl>
45. Jean Gehl, *op. cit.*
46. Idem.
47. Idem.

